



ISSN 0329-1588

LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

Mitológicas

Mauricio Kartun
Beatriz Sarlo
Dardo Scavino
Américo Cristófalo
Damián Tabarovsky
Carlos Gamerro
Marcelo Percia
Gustavo Varela
Fermín Rodríguez
Claudio Martyniuk
Silvia Rivera Cusicanqui
Ezequiel Adamovsky
Omar Acha
Pablo Stefanoni
Ana Longoni
Marcos Zangrandi
Diego Picotto
Emilio Sadier
María Victoria Pita
Diego Galeano
Agustín Valle
Tania Diz
Graciela Goldchluk
Valentín Díaz
Lara Segade
Norberto Pablo Cirio
Ezequiel Gatto
Guillermo Giampietro
Belén Janjetic
Isabelino Siede
María López García
Alberto Filippi
León Rozitchner
David Viñas

12

Presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura Jorge Coscia

Director de la Biblioteca Nacional Horacio González

Subdirectora de la Biblioteca Nacional Elsa Barber

Dirección de Cultura Ezequiel Grimson

Área de Publicaciones Sebastián Scolnik, Horacio Nieva, Juana Orquin, María Rita Fernández, Alejandro Truant, Ignacio Gago, Gabriela Mocca, Yasmín Fardjoume, Juan Pablo Canala, Griselda Ibarra

Diseño Editorial Alejandro Truant

Agradecimientos Inés Girola, Nicolás Rubio, Marcelo Huici, Área de Comunicación, Área de Diseño Gráfico, Museo del libro y de la lengua, Archivo y Colecciones Particulares, Sala del Tesoro

Prensa Amelia Lafferriere

La Biblioteca, revista fundada por Paul Groussac en 1896, es una publicación de la Biblioteca Nacional de la República Argentina. ISSN N° 0329-1588
Agüero 2502, 3er piso (C 1425 EID), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Tel.: (54-11) 4807-6778 | ediciones.bn@gmail.com | www.bn.gov.ar

Impresión Al Sur Producciones Gráficas S.R.L. Wenceslao Villafañe 468 (C 1160 AEJ), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4300-7767

Distribución La Periférica Distribuidora. Tel.: (54-11) 4301-3305 | perifericadistribuidora@gmail.com | www.la-periferica.com.ar

Distribuidora Sin Fin. Rincón 1407 (C 1251 ACE), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4308-1813

Distribuidora Jacqueline. Salta 781 (C 1074 AAO), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4383-5888



ÍNDICE

3 Editorial

Conferencias

- 8 • **Fragmentos de Villaguay.** Por Jorge Luis Borges
- 14 • **La cruz del fin del mundo.** Por León Rozitchner
- 28 • **El teatro como lugar de reciclado poético de la oralidad.** Por Mauricio Kartun

Viñescas

- 48 • **Entre la murga de los derrotados y la perseverancia micropolítica.** Por María Pia López
- 54 • **“Un poco de bondad”: una cárcel, dos prisiones.** Por Marcos Zangrandi
- 60 • **Un poco de bondad.** Por David Viñas
- 68 • **Un Viñas inédito.** Por Andrés Tronquoy
- 76 • **Mansilla entre Darío y Proust.** Por David Viñas
- 82 • **Mansilla y Viñas: desvelos de archivo.** Por Juan Pablo Canala
- 92 • **La voluptuosidad del lenguaje.** Por Américo Cristófalo

Imaginarias

- 100 • **Fuera de campo o la intimidad de Eva.** Por Beatriz Sarlo
- 124 • **Platón, el mito y la hegemonía política.** Por Dardo Scavino
- 140 • **Intelectuales argentinos.** Por Horacio González

Mundanas

- 166 • **Edición y sedición.** Por Damián Tabarovsky
- 174 • **Indicios sobre la ciudad de Buenos Aires: mitología multicultural sobre el territorio vivo.** Por Diego Picotto y Emilio Sadier
- 182 • **Mitologías porteñas en torno al poder policial. Policía, contravenciones y gestión de ilegalismos en la Ciudad de Buenos Aires.** Por María Victoria Pita
- 210 • **La invención del cuento del tío.** Por Diego Galeano
- 236 • **Cuando ladran los fantasmas (Mitología incompleta del tango).** Por Gustavo Varela
- 246 • **Un verdadero mito.** Por Agustín Valle e Ignacio Gago

Prosas

- 258 • **Borges, Homero y el inicio de la escritura.** Por Carlos Gamarro
- 268 • **El azar como figura de emancipación en La Lotería de Babilonia.** Por Marcelo Percia
- 292 • **El teatro del espíritu nacional: comedia de cuatro actos.** Por Fermín Rodríguez
- 310 • **Del elogio a la injuria: la escritora como mito en el imaginario cultural de los 20 y 30.** Por Tania Diz
- 332 • **Manuel Puig: el suceso de la escritura.** Por Graciela Goldchuk
- 344 • **Mapa del Imperio. Néstor Perlongher y el Barroco.** Por Valentín Díaz
- 358 • **María Pia López y Gustavo Ferreyra, novelistas.** Por Horacio González

Historiográficas

- 368 • **La memoria como tótem.** Por Claudio Martyniuk
- 388 • **Mito, olvido y trauma colonial. Formas elementales de resistencia cultural en la región andina de Bolivia.** Por Silvia Rivera Cusicanqui
- 402 • **Ernesto Quesada, el indianismo arqueológico y las mitologías sobre Tiwanaku.** Por Pablo Stefanoni
- 412 • **El más grande mito de la historiografía.** Por Omar Acha

- 422 • La clase media en la historia argentina: mitos y realidades. *Por Ezequiel Adamovsky*
- 436 • Las islas Malvinas como frontera de la nación (1833-2000). *Por Lara Segade*
- 458 • Del sueño de la Argentina blancaeuropea a la realidad de la Argentina americana: la asunción del componente étnico-cultural afro y su (nuestro) patrimonio musical.
Por Norberto Pablo Cirio

Estéticas

- 476 • Qué hacer con *Tucumán Arde*. *Por Ana Longoni*
- 490 • “Podría ser así, o quizá todo lo contrario, o nunca existió”. *Futura: diseñando una utopía sensible*. *Por Ezequiel Gatto*
- 512 • Cucaño y la Intervención de la Iglesia. *Por Guillermo Giampietro*

Paideias

- 524 • Miradas sobre el enseñar y el aprender hoy. *Por María Belén Janjetic e Isabelino Siede*
- 534 • Tú me quieres blanca. El mito de la pureza lingüística en la escuela argentina.
Por María López García

Filípicas

- 554 • Argentina y Europa. Visiones españolas: ensayos y documentos (1910-2010).
Por Alberto Filippi

El más grande mito de la historiografía

Por Omar Acha

Suele decirse de esta época que su característica principal es el hecho de que todo está sometido a análisis y discusión. Es decir, nada de lo que a simple vista tiene su consistencia estructurada permanece a salvo de la controversia. Y pocas cuestiones han sido tan examinadas por el escrutinio colectivo como la Historia. En parte, porque ella ha sido transformada en una alforja capaz de proveer imágenes para los distintos proyectos políticos que emergieron de la gran crisis de principios de siglo; la historia fue objeto, también, de las disputas que se dan en el contexto de una polarización política muy marcada. Podemos decir, con todo, que hay algo que interroga la veracidad historiográfica que es común a la revisión contemporánea de todas las discursividades y disciplinas. Las imágenes que provee para la discusión pública no están exentas de la reproducción de los estereotipos que, académicos o revisionistas, mantienen sobre los acontecimientos del pasado. Hay un academicismo, con pretensiones científicas, que resguarda el legado historiográfico de sus impugnaciones para conservar su legitimidad de disciplinar, y un revisionismo que, a menudo concesivo con los lenguajes mediáticos, discute los supuestos de la historiografía tradicional.

En este trabajo Omar Acha sostiene que, en la oposición entre mito y ciencia, hay un verdadero mito, un supuesto que no ha sido lo suficientemente cuestionado: *la historia* como fundamento de lo real. No se trata, según esta perspectiva, de discutir cuál es la verdadera historia sino en ir más a fondo aún de lo que lo hizo el discurso deconstrucciónista, para poner en suspenso la noción misma de historia y todas las narrativas que de ella se nutren.

El proyecto de un revisionismo histórico está a la orden del día, a la vez que también es inactual. Su posibilidad está subordinada a la elaboración de un concepto de historia bien distinto del que se nos aparece como noción evidente: hay una historia real y tenemos que narrarla. ¿Qué sucedería si *no hay historia* como proceso colectivo objetivo? ¿Cómo abordaríamos la tarea de constituir representaciones del pasado? Esas preguntas elementales son las que debe encarar el proyecto revisionista. Es insuficiente proclamar interpretaciones o burlar los relatos con preferencias disgregadas. Tampoco es útil disolver el problema apelando a un construcciónismo radicalizado. Quiero aportar en este texto algunas ideas primarias sobre el zócalo mítico que subyace en la historiografía. Pensando más estrechamente en el panorama argentino me interesa destacar, aunque sea rápidamente, dos nociones decisivas que se han consolidado en las últimas décadas: la modernización problemática y el campo cultural. Cuestionarlas en el seno del entendimiento histórico que refractan es apenas una fisura en la política de la historia por venir.

El problema del sentido común historiográfico

La historiografía argentina –como experiencia específica de una tendencia occidental– presume de haber alcanzado su “Ilustración”. Quiere pensar como Kant y Habermas lo propugnaron, con el “propio entendimiento”. Prescinde entonces de prótesis para desplegar su pensamiento. Cuestiona la tradición, somete los saberes heredados a escrutinio. Desconfía del

archivo como repositorio de verdad para discutir sus credenciales. El fondo archival es más bien el instrumento de la “crítica”. El documento, su veracidad, su pertinencia, son juzgados de acuerdo a un consenso de pares, de una medida institucionalizada en comités y referatos. De allí que se destaque respecto de los avances de la ideología sobre el proceder historiográfico: la universidad se preserva del impulso revisionista que mancilla la investigación con las prevenciones de la pasión política.

No obstante lo otro regresa e importuna el plácido sueño de la historiografía académica (aquí voy a desoír los reclamos de prestigio del mercado, no por irrelevancia sino por tratarse de otra cosa, anhelante de otras masticaciones). Vuelve como política, como pugna de límites, como patrulla disciplinar cuando se avanza sobre las incumbencias presuntamente exclusivas de la historiografía universitaria. Cada vez que una palabra se enerva sobre el territorio de la historiografía académica, la de rango científico alza indignada su gendarmería del saber legítimo. Las razones no son menores en la prosa exasperada que amojana las fronteras de la profesión. En verdad hay una acumulación de “dispositivos” en los últimos treinta años que justifican, al menos técnicamente, las prebendas defendidas por el espíritu universitario. Podrá pensarse lo que se quiera de los saberes sedimentados en la maquinaria académica, pero hay una evidencia que no quisiera olvidar: la laboriosa indagación de datos concretos sin los cuales es inviable conducir una investigación historiográfica de valía (y tampoco una revisión de la historia). Doy un ejemplo banal pero profundamente significativo: un relevamiento

de los presupuestos educativos en las provincias durante la primera mitad del siglo veinte es decisivo para captar las mutaciones características de la difusión de la alfabetización y evaluar ese capítulo central del “progreso argentino”. Por supuesto que todavía se requiere de mayores detalles: ¿cómo fueron empleados esos recursos, si es

que llegaron a implementarse? O bien: ¿cuáles fueron las consecuencias en el mediano plazo de esas inversiones educativas? Visto desde otro punto de vista, ¿quiénes ingresaron al sistema educativo? ¿Cuál fue la permanencia en

la escuela? De ninguna manera se me ocurre pensar que trabajos sobre esos temas de los que ignoramos casi todo sean irrelevantes. Por el contrario, son de valor extraordinario. Ante la inflación de “papers” que refritan por enésima vez los textos de Rancière o Lacan, de Agamben o Derrida, creo que una buena monografía que encare los vacíos indicados es de un valor superior. Me importa destacar que la visita a los archivos es también ella misma teórica.

En tal sentido no pretendo apelar a una defensa del ingenuo empirismo que subyace, por razones de estructura ideológica, en la pretensión historiadora (académica) de hacer “ciencia”. Y es que si me niego a seguir indolente las modas intelectuales en la valoración de las fatigas archivales es porque me interesa atenazar mejor el alcance de un debate teórico acallado

en la historiografía. Este pasaje de mi argumentación es, por así decirlo, “hegeliano”. La crítica no puede provenir desde el exterior, sino del despliegue de una tensión irresoluble en lo real. No quisiera entonces oponerle a la historiografía universitaria una razón radicalmente diversa, incomunicable. Desde esa actitud sólo mentaría lenguajes incomprensibles. Se sabe qué sucede entonces: cada cual se preserva en sus convicciones. Y ello no conduce a algo nuevo; más bien procrea una “diferencia” perfectamente metabolizable. No es la guerra porque hoy hay un suelo naturalizado de la sociedad capitalista –el reino aparente de la particularidad– ante la que usualmente nos postramos como lo inexorable. Asumimos esa dominación como destino y vemos qué podemos adecuar en sus esquinas. Pasa otra cosa, decía, que la guerra: la indiferencia de una institucionalidad compleja en la que pueden convivir diversas tribus polémicas, o más probablemente, la convivencia en territorios de validez heterogénea.

Voy al grano dialéctico para reventar desde adentro, parasitándolo en su verdad imposible, la maquinaria historiográfica universitaria: la que se pertrecha en la paciente y minuciosa reconstrucción de los acontecimientos del pasado. De acuerdo con ese ideal ascético repelente de las fabulaciones ideológicas diseñadas de antemano con imágenes arbitrarias y proezas antojadizas, la historiografía se encorva sobre los documentos para auscultar, entre la hojarasca de las opiniones de toda época, entre la multiplicidad de los puntos de vista, para hallar las difíciles pepitas de las certidumbres sostenibles, argumentables con razones. Si no hay entonces una Verdad, vale entonces la

La crítica no puede provenir desde el exterior, sino del despliegue de una tensión irresoluble en lo real. No quisiera entonces oponerle a la historiografía universitaria una razón radicalmente diversa, incomunicable. Desde esa actitud sólo mentaría lenguajes incomprensibles. Se sabe qué sucede entonces: cada cual se preserva en sus convicciones.

laboriosidad de las verdades falsables, temporales y susceptibles de contraste “empírico”. Ante ellas las facundias de la imaginación se revelan como torneos imaginarios que se disuelven con el tiempo. No hay mayor encanto que el de una buena documentación. Esa timidez historiográfica tiene sus propias máculas.

Doy un ejemplo. Hoy sabemos que el “éxodo jujeño” de 1812 no fue tal, al menos si lo pensamos como un pueblo que incinera todas las pertenencias imposibles de acarrear en su fuga del invasor realista. En aquellos años inclementes y de castigos inapelables la ciudad capital de la actual Jujuy fue abandonada al menos en tres oportunidades por la amenaza española. Sin embargo, la orden de la *tierra arrasada* nunca existió como tal. Eso lo comprueba el examen de la documentación de la época. Más allá de ello podemos debatir (lo han hecho historiadoras e historiadores jujeños) qué hacemos con esa verdad. Algunas voces historiadoras afirmaron el deber profesional consistente en derribar los mitos consolidados y presentar la realidad objetiva: lo que efectivamente ocurrió. Otras voces, sin abandonar los créditos del saber archival, reclamaron la utilidad de algunas narraciones útiles a la vez que de raigambre emancipadora: que el mito del Éxodo Jujeño no es, como el del Día de la Raza, una celebración de la desigualdad sino, por el contrario, un canto de cuánto puede hacer un pueblo mancomunado por su liberación. Mientras la Raza celebra la imposición de una cultura sobre otra, el Éxodo Jujeño reitera el aliento de la lucha contra el opresor.

En esta tesis, que pareciera cobijar los debates de nuestro tiempo (¿qué hacer con la naturaleza mítica de nues-

tras identidades?), estamos bordeando lo que la historiografía universitaria es funcionalmente incapaz de reconocer, a saber, que no hay algo así como una historia objetiva ante la que la investigación deba inclinarse laboriosamente. Esta nota no pretende disolverse en un relativismo radical una vez que he detenido mi rumia en

los valores de la investigación, o en lo que resiste al encanto de la labia. Y es que se habrá adivinado lo que aquí está en cuestión: la inoperancia de una dicotomía sencilla en la oposición entre ciencia y mito, entre conocimiento y sentido, entre verdad y pasión, en fin, entre realidad y sujeto. Lo que está en juego es algo infinitamente más complicado que esas alternativas sosas, tan resonantes de la tensión constitutiva del dominio de la mercancía: entre el valor de uso y el valor, o entre lo concreto del consumo y lo abstracto del intercambio. Menciono las raíces sociales de la escisión entre lo real y lo ideal por razones que explicaré más adelante.

La historiografía suele debatirse entre opciones de cómo explicar la historia. Las variantes *annalistes* prefieren la larga duración, las mentalidades o los procesos milenarios; las marxistas británicas cambian el enfoque y lo miran desde abajo y desde las resistencias; las indias subalternas las sitúan en matrices relativistas y en tácticas resistentes, gramscianas; en fin, hay todavía otras que pueden interesarnos. Pero lo que ninguna ha puesto realmente en cuestión, lo que es el límite insuperable de la historiografía como figura “científica” de nuestra era en lo relativo al pasado, es la propia historia.

El más grande mito

La historiografía suele debatirse entre opciones de cómo explicar la historia. Las variantes *annalistes* prefieren la

larga duración, las mentalidades o los procesos milenarios; las marxistas británicas cambian el enfoque y lo miran desde abajo y desde las resistencias; las indias subalternas las sitúan en matrices relativistas y en tácticas resistentes, gramscianas; en fin, hay todavía otras que pueden interesarnos. Pero lo que ninguna ha puesto realmente en cuestión, lo que es el límite insuperable de la historiografía como figura “científica” de nuestra era en lo relativo al pasado, es la propia *historia*. La *historia* como tal, esto es, en tanto proceso masivo que transcurre en el tiempo, es para nuestra inteligencia un dato indiscutible.

Lo que la historiografía no se pregunta es *qué es la historia*. O más radicalmente, si hay algo llamado *historia*. La

supone y se atribula en la maneras de contarla, de narrarla, de explicar, de afirmarla o de criticar lo que *sobre ella* se ha dicho.

Así las cosas, hay una historia argentina que tuvo un inicio (sea en 1516, en 1776, en 1810, en 1853, o en 1880), momentos decisivos (la Constitución de 1853, el roquismo, el peronismo, la dictadura militar) y un presente en el vivimos. A partir de esa cronología, todo se discute. Pero partir de una cronología desde la cual se organiza la encuesta historiadora es una decisión enorme, es un paso que define todo lo que partiendo de allí se constituye. El tiempo es, entonces, el complemento de ese gran mito que es la propia *historia*. Hay diversas teorías sobre cómo se constituyó la noción de *historia*.

Bicentenario del
Éxodo Jujeño



Algunos autores nos hablan del pasaje del Antiguo Régimen a la Modernidad, de la fractura entre el pasado (lo recibido, el espacio de la experiencia) y el porvenir, entre lo dado y lo nuevo. Otros, en cambio, exceden la mutación de las categorías lingüísticas para destacar cuánto debe la historia a la formación del mercado mundial capitalista. Naturalmente, no son las únicas opciones y es innecesario hacer aquí un mapeo de esas variantes. Su mención sucinta me basta para situar esta proposición: que no hay una historia objetiva como fundamento real en torno a la cual revolotean diligentes las cuadrillas historiográficas. En otras palabras, que la gran desmitificadora de los mitos que nublan los entendimientos es, ella misma, un efecto mitológico: la historiografía se pierde balbuceante si pone en suspenso la validez incuestionada de la *historia*. Y esa puesta en suspenso es lo que demanda el pensamiento crítico. Su avance en la desmitificación que funda la divergencia con los relatos establecidos, la prevención ante el pliegue satisfecho en los muelles brazos de las complacencias colectivas, alcanza su propio abismo.

Eso es algo más grave que la facundia deconstrucciónista actual que se demora en hostigar las pretensiones de un fundamento para revelar las inconsistencias de todo lo humano. Debo confesar que las elocuencias en destacar las vacilaciones de lo real tienen a mi juicio un alcance limitado. ¿Qué se obtiene con mostrar la contingencia inexorable de todo concepto? Por cierto que ese es un primer movimiento quizá necesario, siempre bienvenido. ¿Y qué más?

La historiografía supone una *historia* en movimiento temporal, una tendencia

inmanente. ¿Qué historiografías podemos edificar si prescindimos de ese supuesto? Esta ha sido la pregunta implícita de todos los proyectos políticos significativos. Mas hoy en este mundo sin alternativas radicales, donde las modificaciones minutias parecen satisfacer las pasiones “políticas”, no hay interrogaciones realmente históricas. Finalmente nos hallamos en la pesadilla nietzscheana en que una “cultura histórica” nos ahoga. Desde luego que no en los términos en que Nietzsche la increpaba en los confines del siglo diecinueve. Su imperio tiene una vigencia que el autor de *La genealogía de la moral* no imaginó.

Mientras su polémica en la *Segunda Intempesta* constituyó una discusión sobre la cultura, sobre cómo las viejas generaciones se imponían sobre las nuevas oprimiendo la fuerza de la vida, hoy es categoría “trascendental” del sujeto generada por la hegemonía del orden mercantil. Desde luego que suele haber proyectos estatales en el encuadre de esa hegemonía.

En nuestra época todo puede debatirse, incluso las minucias de batallas y guerras, pero no el sentido de la *historia*. Ese no es tampoco un privilegio de las narrativas simplistas que, según el saber

La historiografía universitaria rechaza la idea del revisionismo. En algún caso atina a domesticar el revisionismo a través de la postulación de un gesto constitutivo del quehacer historiador. Así las cosas, mientras el sentido común mítico se recuesta en sus convenciones indiscutidas (es decir, en sus creencias), la historiografía se renovaría constantemente. Cada tesis doctoral debe aportar un nuevo punto de vista, requiere exhumar fuentes hasta entonces intactas; los congresos especializados devastan las imágenes simplificadas de las síntesis apresuradas a través de debates específicos; en fin, la auténtica revisión la provee la propia historiografía en su funcionamiento normal.

académico, parasitan a las mercaderías de la industria cultural intituladas “revisionistas”. Son constitutivas también, y de manera eminente, de la imaginación historiadora universitaria.

Quiero llamar la atención aquí sobre dos categorías campeantes en la investigación académica: la *modernidad/modernización* y el .

Necesitamos pensar la producción de la categoría de la historia como efecto “trascendental” en la configuración de los sujetos contemporáneos. Dicho de otro modo, no la historia en tanto equivocación o desvío de una realidad objetiva, sino como alambique teórico-material de la experiencia de nuestro tiempo. Sólo entonces podremos avanzar en un revisionismo histórico algo más despierto que el amagado en fechas recientes y tan torpemente hostigado por seriedades universitarias.

ligibilidad predominante al devenir en su vocabulario.

La pregunta sobre cómo se dio, por qué fue atribulada, cuáles fueron sus estaciones, demarca el horizonte de interpretación asociado a la problemática de la modernización. Naturalmente, aquí es de rigor plantear que la fórmula germaniana de un pasaje de la sociedad tradicional a la sociedad de masas es inadecuada. Cualquier tesista sabe que la dicotomía es simplificadora. Lo que tiene que hacer es complejizarla, delimitar sus variaciones geográficas, establecer sus diferencias temporales, relevar cuánto de la propia dinámica modernizante estuvo transida por restricciones internas. En otras palabras, la *pregunta* sigue viva.

Lo que se ha modificado es el régimen de sus *respuestas*. La imposición de un modelo dual se ha mostrado improcedente para dar paso a una pluralidad en la que se dirimió el *problema* de la modernización. Por eso deberíamos mentar modernidades, en plural, enfatizando las diversidades en las experiencias históricas.

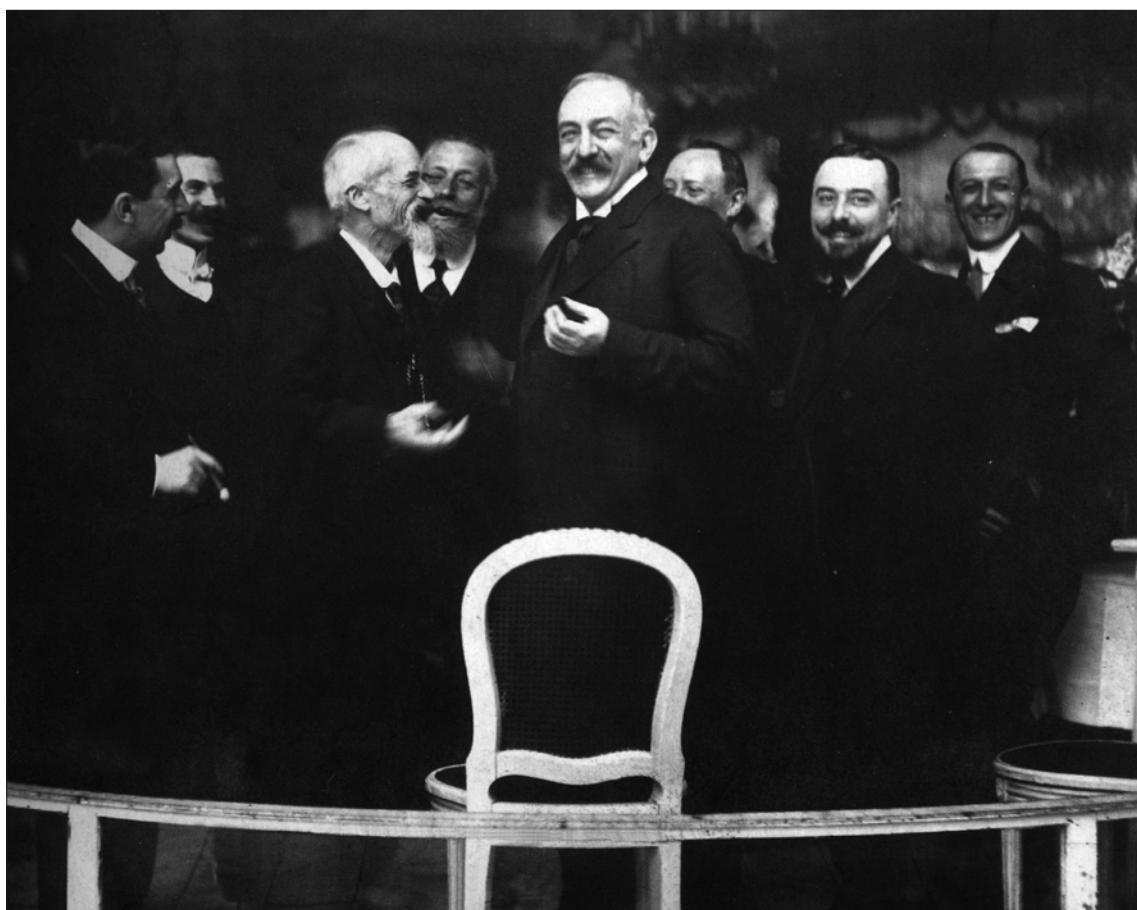
Con esa matriz se lee la inserción de la Argentina post-rosista en el orden capitalista, su orientación agro-exportadora, la Ley Sáenz Peña y la reforma estatal del 1900, se mensuran las novedades del radicalismo yrigoyenista y las rupturas institucionales de 1930 y 1943, la innovación peronista hasta 1955, los intríngulis del desarrollismo y la atormentada experiencia del peronismo del 73-76, así como las peripecias de la “transición democrática”. Las interrogaciones se moldean dentro de ese enigma de la modernización y la modernidad.

No es por azar que en tales preguntas la ciudad de Buenos Aires posea una relevancia fundamental. Todavía tenemos que debatir la concepción de lo histórico implica el emplazamiento de Buenos Aires como vector progresista de la historia nacional. Es insuficiente al respecto postular tradicionalismos del “Interior” bajo la fórmula romántica de una ruptura del tiempo porteño. Por que en verdad Buenos Aires en tanto proa de la pampa húmeda impuso su ritmo beligerante durante casi todo el tiempo histórico argentino, incluso desde antes de 1810. En otras palabras, necesitamos una revisión de la historiografía que exceda la diatriba antiporteña para entender la primacía agro-exportadora en la historia nacional. Una faena derivada del entendimiento progresista de la historia es la encar-

nada por la naturalidad con la que se ha difundido en lenguaje aparentemente Bourdieuiano del “campo intelectual” o sus diversas variantes. Digo “aparentemente” porque Pierre Bourdieu nunca olvidó señalar que la eficacia de los campos (artístico, periodístico, político, cultural, etc.) opera como coagulación de posiciones objetivas entre individuos dentro del marco dado por la relación de fuerza entre las clases sociales. Los campos no son entidades objetivas en las que los individuos participan con sus diferentes “capitales”. Por el contrario, es en la inscripción del individuo que reconoce las jerarquías relativas de las distintas trayectorias individuales y los sistemas de relaciones que se configura

el campo como efecto, consolidando así las posiciones objetivas. Por lo tanto, la potencia configuradora del campo deriva de su efectividad en la constitución inconsciente del sujeto. En cambio, en el idioma historiográfico actual se menciona a los campos como si se hablara de los caminos o de las manzanas, olvidando la dimensión crítica del planteo de Bourdieu. Se pierde también en el camino cómo y cuándo la categoría de campo se implantó en los anaquelos historiográficos, qué proyectos ideológicos portó, qué decisiones intelectuales representó. Lo que me interesa destacar aquí es la apostura natural que alcanzó como tendencia histórica, como aspecto de una historia argentina en devenir.

Roque Sáenz Peña



La proyección de una revisión de la historia

La historiografía universitaria rechaza la idea del revisionismo. En algún caso atina a domesticar el revisionismo a través de la postulación de un gesto constitutivo del quehacer historiador. Así las cosas, mientras el sentido común mítico se recuesta en sus convenciones indiscutidas (es decir, en sus creencias), la historiografía se renovaría constantemente. Cada tesis doctoral debe aportar un nuevo punto de vista, requiere exhumar fuentes hasta entonces intactas; los congresos especializados devastan las imágenes simplificadas de las síntesis apresuradas a través de debates específicos; en fin, la auténtica revisión la provee la propia historiografía en su funcionamiento normal. Pero lo que la historiografía universitaria no puede tolerar es un cuestionamiento del fundamento, del mismo concepto de *historia*, de la *historia* como tal. Y es eso precisamente lo que un revisionismo histórico discute.

Revisar la historiografía requiere atravesar de otro modo ese término sedimentado que es la *historia*. Necesita considerarla un término “nativo”, relativo a los usos en una cultura. Poner en cuestión las valencias conceptuales de la modernización y del campo son sólo ejemplos de una tarea más amplia, que no se detiene en analizar con ironía las vacilaciones de las nociones heredadas. Requiere también trabajos construcción de conceptos alternativos.

El más grande mito de la historiografía es que hay una *historia* objetiva que debemos conocer mejor para saber lo que efectivamente ocurrió. Si se la pone en cuestión se derrumba todo el sistema científico, epistemológico y

estético que disciplina las aspiraciones revisionistas a hacer la *historia*, otra historia. En mi opinión el concepto de *historia* no es meramente un engaño, sino la derivación de otro concepto, el de *capital*. Voy a resistirme a avanzar en una explicación al respecto. Lo dicho es suficiente para pensar una crítica de la *historia* diferente a la disolución discursiva de la misma. Necesitamos pensar la producción de la categoría de la *historia* como efecto “trascendental” en la configuración de los sujetos contemporáneos. Dicho de otro modo, no la *historia* en tanto equivocación o desvío de una realidad objetiva, sino como alambique teórico-material de la experiencia de nuestro tiempo. Sólo entonces podremos avanzar en un revisionismo histórico algo más despierto que el amagado en fechas recientes y tan torpemente hostigado por serenidades universitarias.